



Reseña crítica: Bergua, José Ángel  
(2005). *Patologías de la Modernidad*.  
Oviedo: Ediciones Nobel

Andrés G. Seguel

CEIC/IKI, Universidad del País Vasco

E-mail: aags48003@lycos.com

Bajo un repaso profundo de diferentes vías teóricas y posturas filosóficas, las *Patologías de la Modernidad* de J. A. Bergua nos presentará un instrumento teórico que evita caer en la angustia de un mundo social que ya no se experimenta, así como también de la alegre espera por una proposición teórica redentora. Este instrumento teórico lo constituyen los *arbitrarios culturales*, por momentos deconstruidos como andamiajes peligrosos para una obra que se sospecha inacabada y por momentos alternativa mitológica creadora de un inconciente que reaparece en los nuevos sentidos sociales.

Articulado por un doble ejercicio de crítica cultural racional-moderno y psicoanalítico, el intento constructivo de una salida a la modernidad pasa por reconocer el hecho de que nunca fue posible el descentramiento absoluto y relativizando todos los *arbitrarios culturales* ya que "*siempre es necesario un fragmento cultural*" (p. 15).

Este fragmento de lo cultural se compone a la vez de: una fuerza reprimida que instituye lo reificado e identifica lo real vivido y; lo virtual meta-estable, lo disipativo de los cambios y de los conflictos sociales, aquello que volatiliza.

De esta forma, el fragmento y su pertinencia sociológica deriva del desorden meta-estable que genera un deseo sin objeto, una totalidad que sólo rechaza el orden social instituido sin proponer otro. Así surge una modernidad enferma cuyos síntomas son expuestos a través del libro: la explotación de la naturaleza, la xenofobia-racismo, la crisis de la política y el hedonismo. Unos síntomas para los cuales, además de un diagnóstico, el autor nos propone lo que él mismo denomina como *salidas*: soluciones-propuestas a algunas objetivaciones sociológicas del embrollo moderno.

Pero el autor indica una de las patologías que a mi parecer cruza las otras, en cuanto momento organizador de las aristas de la modernidad *la crisis de la política* produce de cierta manera la fragmentación y las otras patologías.

La crisis que tiene su fuente en las *desafecciones* por el deseo de constituir la esfera política, a lo cual no se escaparían ni los nuevos movimientos sociales, ni las socialidades al margen de lo institucionalizado, ni las citadas tribus. El dibujo de la *falta* de socialidad, de política, de sociedad, genera dos variantes: el lamento moderno por lo perdido y el optimismo postmoderno por lo que se pueda ganar. Para el autor la salida hacia el feminismo radical intensificaría la propuesta postmoderna, la

<sup>(c)</sup> Andrés G. Seguel, 2006

<sup>(c)</sup> CEIC, 2006, de esta edición



reorganización iría, por tanto, desde la re-presentación del orden de la jerarquía a la auto-representación del orden de la anarquía. Sin embargo, la autoorganización y las condiciones de posibilidad del desorden organizado (que es como se ha identificado a la complejidad social) operan siempre con jerarquías múltiples, enredadas, yuxtapuestas... pero jerarquías al fin. No obstante, lo que el autor apunta de manera clara, es que los nuevos movimientos sociales no son redentores, sino analizadores que evidencian, es decir, que hacen consciente los *arbitrarios culturales* de la modernidad. Su potencia como analizadores es producto de su des-referenciamiento de las teorías sociales más clásicas; el asociacionismo, las tribus, las redes informales, la masa, son todas figuras que resaltan la capacidad auto-organizativa de lo social y una política sin centro ni vértice, no hay “mano negra”, nada dirige desde un punto exógeno las lógicas de lo social.

El autor en este punto rescata el tono refrescante de una efervescencia molecular de lo social frente a las jerarquías institucionales, políticas y económicas, hay en ello finalmente un rescate de lo popular, de las personas como puntos fijos endógenos y autoorganizados en su propia acción. Es precisamente la lectura de esa acción la que abre un camino al análisis social, mas el autor prefiere dibujar desde una de las partes de la ideología del feminismo radical una salida a esta nueva fórmula de procesamiento simbólico de lo social. El diagnóstico esclarecedor es el de la producción de un *socius* diferente y diferencial al de la modernidad aleccionadora de las representaciones sociológicas. Tal vez a este esquema de reducción simbólica de complejidad se refiera el autor cuando plantea una preocupación por el despliegue de las diferencias, comunidades con intención de un sustrato igualitario pero con sujetos inestables y fluidos, comunidades con una reflexividad estética y un movimiento reflexivo —“*el hacerse mientras se piensan*”— muy diferente al de la modernidad, en cuyo caso lo trascendente social carece de interés.

Por otra parte quizás lo más desconcertante de la crítica cultural que atraviesa el libro, y que se realiza a partir de estos síntomas, sea la desactivación paradójica de las oposiciones típicas de la modernidad, una desactivación que es estructural: pathos/logos, emic/etic, masculinidad/feminidad, patriarcal/matriarcal. Sólo la imagen límite del Andrógino se salvará de tal juego de dualidades y, por ello, será alzado al status de propuesta/solución de los síntomas. Propuesta sintética la del Andrógino, que desplaza el gesto directo y violento del *arbitrario cultural* a un mundo más abstracto entrando incluso en el ámbito constructivo de las arbitrariedades mitológicas.

El autor plantea que la salida definitiva es la unidad, el mito andrógino como el espacio de la totalidad integradora de contrarios masculino/femenino. El mal, por tanto, estaría en la separación de elementos que se han vuelto contradictorios y subordinadores, jerárquicos en definitiva. El camino de evacuación implica desbordar la dicotomía y pensar la reunión del mundo en términos Andróginos.

Pero la propuesta no gira hacia un espacio intelectual pre-moderno sino desde lo reprimido hacia la perturbación de los pares de oposición propios de la modernidad, ello apunta al hecho de que salir de patriarcalismo y caer en el matriarcado sería otra dimensión del mismo efecto represor, difícil propuesta, ya que la figura

<sup>(c)</sup> Andrés G. Seguel, 2006

<sup>(c)</sup> CEIC, 2006, de esta edición



dibujada por el autor es la del hibridismo de las categorías, de los espacios de reflexión, el dejar entrar al “otro” en su alteridad profunda, lo cual no está exento de violencia simbólica y de “producción” incluso en el sentido más moderno de este concepto. En este punto Bergua es muy acertado en el diagnóstico del movimiento propio de la modernidad “*el sujeto moderno sólo puede hacerse capaz de cultura incorporando un complejo de culpa y reprimiendo su sexualidad*” (p.197). La producción social de la regla cultural es fruto de este mecanismo castrador. Aun cuando es acertado que el psicoanálisis es en esta parte subsidiario del patriarcado en cuanto la metáfora materna es la cara opuesta y negativa de la paterna, no se debe dejar a un lado el hecho de que la “regla” es siempre posterior al arbitrario cultural, que surge siempre de una redundancia estratégica. Por ello, tal vez la pregunta que debiéramos hacernos es: ¿podemos pensar en una salida del esquema clasificatorio hacia un hibridismo epistemológico que nos ampare de la castrante producción de *la regla*? Y más en profundidad, ¿nuestro sistema clasificatorio puede zafarse de los pares de oposición propios del sistema lingüístico? En este sentido la referencia a un mito matriarcal, que implique una salida al cuello de botella semántico del patriarcado, parece útil pero no suficiente sobre todo si la apuesta deriva en la unión de los opuestos y la inclusión.

Cabe destacar por último la excelente labor de diagnóstico de la modernidad propuesta en este texto y, más específicamente, la elaborada referencia teórica dedicada a analizar la interdependencia entre síntomas de la modernidad de lo que antes parecía tener sus causas en lo político-institucional. El retorno de las socialidades en formato masas, redes, tribus, así como los síntomas propuestos por Bergua se transforman en horizontes de reflexividad social que son, sin duda, productos de esquemas simbólicos y analizadores de la complejidad social actual.

Protocolo para citar este texto: Seguel, Andrés G., 2006, “Reseña crítica: Bergua, José Ángel (2005). *Patologías de la Modernidad*. Oviedo: Ediciones Nobel”, en *Papeles del CEIC* (Revisión Crítica), vol. 2006/1, nº 1, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/critica1.pdf>

<sup>(c)</sup> Andrés G. Seguel, 2006

<sup>(c)</sup> CEIC, 2006, de esta edición